

V

El mundo marcha. — Fecundidad de la segunda mitad del siglo XIX. — Desarrollo inesperado del ferrocarril y del telégrafo. — Las invenciones, el vidrio, las cerillas. — Los estudios de la escuela primaria y el latín. — Dirección hacia el seminario de Langres.

Los tiempos de que hablo están ya lejos. Muchas cosas y muchas palabras han desaparecido de la circulación.

Vivíamos entonces en tiempos de las velas de sebo y el perfeccionamiento de las bujías no llegó sino más tarde. Sí, las velas de sebo, que era preciso despabilar de cuando en cuando, para impedir que la mecha humease y para reanimar el alumbrado. ¿Quién de nuestros contemporáneos conoce las espabiladeras? Ya han desaparecido como los gorros de algodón de nuestros abuelos. Las bujías esteáricas fueron inventadas en nuestros días por Chevreul, en cuyo honor hemos dado un banquete en el Ayuntamiento de París el día en que sus cien años sonaron en el reloj del tiempo (31 de agosto de 1886).

Nos acostumbramos tan pronto a los perfeccionamientos de la industria, que casi nadie piensa en

hacer justicia a los trabajos del pensamiento humano que los ha llevado a efecto. Personalmente, es raro que yo suba a un vagón sin impresionarme de una admiración constante por la potencia del vapor y por el genio de los inventores. Cuando se piensa que es un nada aparente, un soplo, vapor de agua lo que arrastra hoy esos millones de kilogramos a la simple maniobra del maquinista!... No hace todavía mucho tiempo, volvía yo de Constantinopla por el Oriente-Express, y oía, no lejos de mí, a algunos pasajeros hablar con bastante irreverencia de la ciencia, porque no ha llegado a predecir todavía los temblores de tierra y no ha permitido evitar las catástrofes de la Martinica, de San Francisco, de Valparaíso, y también porque la medicina no sigue sino de lejos los progresos de la cirugía, y nos deja morir bastante miserablemente. Las elegantes personas, confortablemente sentadas en un cómodo compartimiento, parecían ignorar que, sin la ciencia, no atravesarían la Europa en tres días, y el Océano en seis, sin cambiar en nada sus horas de almorzar, de comer y de acostarse. Parecían no saber que, para procurarles estos placeres o estas ventajas, fué preciso que el genio del hombre adivinara la potencia del vapor y del agua que hierve en una marmita. Tales personas no conocen a Salomón de Caus, ni a Dionisio Papin, ni a James Watt, ni a Fulton, ni a Stephenson, ni tienen la más remota idea de la suma de trabajo intelectual representada por una locomotora. ¿No parece por otra parte, según la lectura de los periódicos, que la ciencia no existe, y que el mundo vive de literatura ligera, de novelas y de teatros?

Sin embargo, el contraste mismo entre Constan-

tinopla y nuestras capitales europeas habían hecho tocar a nuestros viajeros con el dedo la formidable diferencia que separa ese Carfarnaum de la civilización moderna. Allí se vive con varios siglos de atraso. Las calles tortuosas, estrechas, ascendentes y descendentes, mal empedradas, llenas de baches, sembradas de perros durmiendo la mayor parte del día sin que sea permitido molestarlos (hablo del año 1906), interceptadas de tiendas al aire libre y transitadas por mozos de cordel molestando con sus bultos, no están hechas para los coches, ni siquiera para los transeuntes. El inmenso puente de madera que separa Estambul de Gálata, formado de vigas desiguales sobre las que es difícil marchar sin torcerse los pies, y recorrido por un remolino perpetuo de multitudes abigarradas (que le aportan diariamente un peaje de seis mil francos), parece datar de las edades de la barbarie, y es menos confortable que los de París en tiempos de Carlomagno. La vida se interrumpe al ponerse el sol, cuando desde lo alto de los minaretes lanzan los muecines con voz gangosa las últimas oraciones al Profeta; la luz eléctrica no existe todavía en Constantinopla. No se creería estar, no ya en el siglo XX, pero ni aun en el siglo XVII. Por otra parte, allí se está en el siglo XIV de la hégira, el cual, en la marcha del mundo oriental, corresponde quizás al siglo XIV de la era cristiana. El calendario está arreglado por la luna, como en tiempo de los caldeos, hace cinco mil años. La hora de cada día empieza al ponerse el sol, lo cual nos obliga a cambiar cada día la posición de las agujas de nuestro reloj, si se quiere tener hora precisa; pero esto no es necesario, puesto que las citas

no se dan sino a la una poco más o menos. Los hombres de negocios un poco importantes llevan dos relojes en el bolsillo, una con la hora turca y otro con la hora cristiana. Quizás cambie pronto este estado de cosas por consecuencia de la evolución constitucional que acaba de producirse, pero que no por eso deja de vivirse allí en una era precientífica.

Pues bien, al volver de visitar ese curioso vestigio del pasado fué cuando oí la conversación de los despreciadores de la ciencia. Y yo pensaba que Constantinopla es un progreso inmenso sobre las habitaciones primitivas de la época paleolítica y neolítica; que sus palacios y sus mezquitas son obras maestras de la arquitectura; que, en el tiempo de los romanos, Bizancio dominaba ya una de las más bellas posiciones geográficas del mundo, y que el arte, la industria y la ciencia han transformado gradualmente la humanidad.

Sin los sabios que han trabajado, combatido y sufrido, estaríamos todavía en estado salvaje.

Nuestras miradas no pueden fijarse en ningún objeto sin invitarnos a hacer justicia al trabajo científico. Ahí tenemos ventanas cerradas por medio de vidrios. ¡Eso es un objeto vulgar! se piensa. Pero no. Esos simples vidrios son una maravilla ante la cual debiera arrodillarse nuestro reconocimiento.

Recordemos que esos vidrios no son sino arena fundida y que ha llegado a ser transparente. Ha sido preciso crear esta admirable substancia, gracias a la cual podemos habitar, tanto en invierno como en verano, locales al abrigo de las intemperies, del viento, de la lluvia, de la nieve, de la niebla, del frío, bien cerrados y sin impedirnos la luz del día ni la

vista de las cosas exteriores. Abridados así, podemos vivir tranquilamente, trabajar, comer y dormir. El obrero puede confeccionar sus obras, el ingeniero trazar sus planos, el industrial preparar sus combinaciones, el músico escribir sus sinfonías y el artista pintar o esculpir; el poeta, el escritor y el historiador pueden ofrecer a nuestra vista nobles ejemplos, sublimes pensamientos, o elevarse en descripciones que encantarán, adormecerán, consolarán e instruirán a sus miles lectores. Ese vidrio también es el microscopio que nos ha hecho penetrar en el seno de los arcanos del infinito pequeño, es el telescopio que nos transporta a las inmensidades infinitas y nos pone frente a frente del esplendor de los cielos. Yo no puedo ver un pedazo de vidrio sin conmoverme, considerándole como superior, desde la altura del cielo, a todos los cañones y a todas las bombas, oprobio de la humanidad. Y todavía, ¡cuántos utensilios fabricados de vidrio, aunque no sean más que botellas y vasos! Nadie se para en esto; pero ¡bebed pues en la mesa los mejores vinos en tazas de barro o en escudillas de madera, y entonces veréis!

He aquí también una cerilla. Eso no es tampoco nada en apariencia; es una cosa insignificante; crear el fuego a voluntad, ¡qué cosa más simple! Pero en verdad, no pensamos bien sobre el particular. En mi infancia, en la época de que hablo aquí, he conocido el tiempo en que eso era todavía imposible. Si se quería tener fuego, era preciso conservarlo bajo la ceniza y, para transmitirlo, para alumbrar una vela de sebo, veía a mi abuela tomar largos manojos de paja azufrada, que se encendían en el carbón conservado bajo las cenizas. Eran las pajas del cáñamo

desnudo que habían quedado después del espadillado y que no tenían ningún valor. La estricta economía de aquellos campesinos nos parece hoy fantástica. Fuera de las casas, no había más que la piedra y la yesca. No se habían descubierto todavía las propiedades del fósforo frotado. El hogar era la casa, era la familia, lo era todo. El número de las casas del pueblo se llamaba el número de *fuegos*. La lámpara del templo no debía apagarse jamás, y la historia no ha olvidado el servicio impuesto, bajo pena de muerte, a las Vírgenes de Vesta, en el templo de Roma. Hoy no hay más vestales: una cerilla las reemplaza; y las vírgenes del siglo veinte pueden dejar apagar todos los fuegos, puesto que están seguras de volverlo a encender con un simple gesto.

Pues bien, no hace mucho tiempo que se han inventado las cerillas. Yo he conocido uno de estos inventores, Carlos Sauria, que las imaginó en 1831, a la edad de 19 años, siendo discípulo del colegio de Dôle, y camarada de Julio Grévy, el futuro presidente de la República, el cual me contó la historia durante su presidencia, diciéndome que había concedido al inventor un estanco. Esta fué, según creo, su sola recompensa. Los otros dos inventores, Kammerer (de Wurtemberg), en 1832, y Tronig (húngaro), en 1833, murieron en la miseria.

El telégrafo y el teléfono ¿no producen la misma impresión en nuestros espíritus? Y sin embargo, nadie parece saber que es la ciencia que guía al mundo y que, sin ella, seríamos todavía trogloditas en el fondo de las cavernas. Sí; a la ciencia es a la que debemos, no solamente los progresos materiales de la civilización, sino también la seguridad y la

tranquilidad de espíritu que han permitido los estudios morales y filosóficos, las conquistas sociales, los goces de la libertad y la emancipación del pensamiento.

Me parece que la generación de mi época, nacida antes de la mitad del siglo XIX, ha sido una de las más privilegiadas entre todas, porque ha asistido al prodigioso desarrollo de las ciencias aplicadas, que han transformado la faz del mundo. En efecto, nosotros hemos visto nacer :

Los ferrocarriles;
 La telegrafía eléctrica;
 La fotografía;
 El análisis espectral;
 La luz eléctrica;
 La tracción eléctrica;
 El fotograbado;
 La microbiología y la medicina microbiana;
 El teléfono;
 El fonógrafo;
 El cinematógrafo;
 Los rayos X; la radiografía y la vista interior del cuerpo;
 El radio y la radioactividad;
 La fotografía en colores;
 La telegrafía sin hilo;
 La dirección de los globos;
 La aviación y los aeroplanos;
 El fonocinematógrafo.

Y tantos progresos incesantes en todos los ramos de la industria, que verdaderamente constituyen una maravillosa época de creación.

Hoy se hace uso de todas esas ventajas como si hubieran existido siempre, y casi sin parar mientes en ello. ¿No creen los niños que los ferrocarriles y el teléfono han existido siempre?

Nuestros sucesores verán sin duda muchos más progresos, pero no serán testigos de una transformación tan radical. Entre otros, serán sin duda alguna testigos de un progreso que valdrá más que todos los precedentes : la supresión de la guerra entre los pueblos.

*
 **

A la edad de nueve años, todas mis clases de la escuela primaria se habían terminado con exceso, pues no tenía más que aprender en ellas, y se me hizo empezar el estudio del latín en casa del buen cura del país, cuyo vicario, el cura Lassalle, era un excelente profesor. Éramos tres discípulos. Uno de ellos, Estanislao Minel, es actualmente perceptor jubilado en París, en mi barrio; el otro Luis Renard, siguió siendo agricultor, como sus antepasados, en Montigny. ¿Cuál ha sido el más feliz de los tres? Ninguno de nosotros se ha quejado de su destino, pero me parece que el agricultor es el que ha estado expuesto, en todas las estaciones, a los más rudos trabajos, y el que ha gozado menos de los atractivos de la vida. Y por tanto, ¿no ha sido su carrera la más independiente? Se ha asociado frecuentemente la palabra « gloria » a mi nombre; si esta asociación es justificada, mi impresión es que « la gloria » son los trabajos forzados a perpetuidad, porque se emprende demasiado, porque se está siempre ávido de saber, porque no se puede terminar nada y, yo añadiré, que esa palabra es sinónima de esclavitud, justamente por la razón de que cuando un nombre es conocido por el mundo entero, esta palabra sonora de « gloria » representa la esclavitud en lo que ésta

tiene de más duro, a causa de las obligaciones que nos impone y que nos coloca en un estado permanente de grosera descortesía, puesto que es imposible responder siquiera a las cartas que se reciben. La situación de un hombre que recibe de todos los puntos del globo unas treinta cartas por día ¿es verdaderamente envidiable? — A mi juicio, el colmo de la dicha y de la independencia me parece ser jardinero y desconocido.

El clima del Alto Marne es bastante rudo. En invierno, la nieve es espesa y el viento norte helado. Llegábamos frecuentemente al estudio soplándonos los dedos. Aquello tenía un poco de la educación de los espartanos, que templaba sólidamente para las vicisitudes de la vida. Y los inviernos son largos en los contrafuertes de la meseta de Langres.

Los dos pequeños latinistas de que acabo de hablar eran casi mis solos camaradas. He dicho anteriormente que mi madre era muy difícil para las frecuentaciones, y, por otra parte, yo prefería el estudio a todos los juegos. Cuando mis amigos venían a casa, se tomaba generalmente el antiguo castillo como lugar de paseo, y, mientras que ellos hablaban de asuntos que me interesaban poco o que no comprendía, yo me entregaba al sueño y a la contemplación. Desde aquella altura, la puesta del sol era maravillosa, Venus, la estrella del pastor, lanzaba sus más vivos destellos, y me parecía que me encontraba más cerca del cielo y pensaba en la ascensión de Jesús.

En suma, yo prefería a todas las distracciones el trabajo, las lecciones y la lectura. Delante de la casa, a la derecha de los escalones de la entrada (entonces

en el número de cuatro en lugar de ocho que hay hoy a consecuencia de una nivelación de la calle) había una plataforma de piedras planas muy cómodas para jugar a los boliches. Los muchachos del barrio se daban cita allí frecuentemente. Ya hacía mis estudios en una habitación que daba encima de dicha plataforma, y a veces sus gritos y sus disputas me aturdíen. Jamás me vino la idea de unirme a ellos para jugar.

Como dejo también dicho, ya yo me había formado una pequeña biblioteca que, a la edad de seis años subía a unos veinte volúmenes, a unos treinta a los siete años y a unos cincuenta a los ocho años, volúmenes que conservo aún en la actualidad. Sobre la cubierta de uno de ellos y escrito de mi mano, se puede leer: « Nouveau Testament de Notre-Seigneur Jésus-Christ, appartenant a Camille Flammarion, 13 novembre 1848 ». Bien se ve que este libro no tenía nada de recreativo. Otro tiene por título *Manuel de l'orateur et du lecteur*, por Duquesnois. Son ejercicios de recitado escogidos, con las reglas de la pronunciación, figuras para las maneras, ejemplos, sermones de los grandes oradores, y, por este hecho, sucedía que, a la edad de siete, ocho y nueve años, reunía, durante la cuaresma, una docena de buenas mujeres del barrio, que venían a oír por la tarde, a la casa, mis lecturas de Massillon y de Bossuet.

El invierno de 1852 a 1853 fué consagrado en casi todas sus tardes, a estas lecturas, que se escuchaban como sermones. Esta vida muy formal me interesaba más que las diversiones de mis antiguos compañeros de escuela.

El golpe de Estado del 2 de diciembre de 1851 me

llamó menos la atención que la proclamación de la República en 1848, porque ésta había sido muy ruidosa, mientras que la substitución de la República por el Imperio fué acompañada de una especie de entorpecimiento : la consigna era guardar silencio.

Hacia la edad de diez años, en el invernáculo del juez de paz Lapre, al que yo tenía libre acceso, había observado con una atención febril los movimientos de las *sensitivas*, y me había dicho que no existía separación real entre el reino animal y el vegetal, del que había tomado un conocimiento general por una antigua edición de las obras escogidas de Buffon. Estos movimientos de las sensitivas no pueden dejar indiferente el espíritu observador, sobre todo, quizás, el de un niño curioso.

Los niños se aficionan a todo y no olvidan nada.

¡Qué preciosos serían los años de la infancia si se supieran amueblar esos pequeños cerebros ! Todo se puede aprender sin ningún esfuerzo.

El trabajo no me era necesario para avanzar con bastante prontitud, y me gustaba mucho hacer otra cosa, fuera del programa.

Este era mi tercer defecto, siendo el primero la ausencia de energía autoritaria, y el segundo la sensibilidad nerviosa, como queda dicho anteriormente.

Así es que me había dedicado a trazar un plano de la demarcación de Montigny, bastante bien orientado, y donde todas las casas eran fáciles de encontrar en aquellas calles por otra parte poco numerosas : una gran plaza, en Montigny-le-Haut, que conducía antiguamente al castillo, la « via » descendente de Montigny-le-Haut a Montigny-le-Bas, una gran calle de cultivadores que atravesaba el grupo de abajo, y una

serie de pequeñas calles. A propósito de estas dos divisiones del país, yo había notado que los habitantes de Montigny-le-Haut eran muy orgullosos y miraban « por encima del hombro » a los de Montigny-le-Bas. ¡Dónde va a anidarse la vanidad ! Rivalidades de hormigas sobre poco espacio, como hubiera dicho Séneca. Y por tanto, el hecho se explica un poco por la situación. Y después, la meseta superior está forzosamente más aereada, más soleada, menos húmeda y más limpia que la región inferior. Me parece haber dicho que mi casa natal se encuentra sobre la vertiente oriental de la colina, casi a mitad de la cuesta.

Mis padres, que generalmente hacían sus compras de comercio en Langres, me llevaban allá algunas veces. Se partía antes de salir el sol y se llegaba antes de mediodía, y se admiraba desde abajo la alta ciudad blanca iluminada dominando las fortificaciones. Mi madre aprovechaba todas las circunstancias para agitar mi pensamiento por el espectáculo de las grandes ceremonias religiosas. Así es que en 1852, habiendo sido nombrado en Langres un nuevo obispo, asistí a su entrada solemne desde una ventana situada en la puerta de los Molinos, perteneciente a un pariente del cuñado de mi padre. ¡Soberbio día ! Tronó el cañón anunciando la llegada de Mgr Jean-Jacques-Marie-Antoine Guerin, que acababa de ser consagrado en Dijon. Un altar portátil esperaba a Su Ilustrísima. Ella descendió noblemente del carruaje, fué recibida por las autoridades, el prefecto, el general, el clero, etc., y la procesión se puso en marcha hacia la catedral, escoltada por un brillante séquito militar. Con la mitra en la cabeza y el

báculo en la mano, el obispo avanzaba con un paso majestuoso, repartiendo con la mano levantada bendiciones a derecha e izquierda sobre el pueblo piadosamente arrodillado. Se llegó a la catedral al son de las campanas, y a los majestuosos acordes del órgano. *Te Deum*, sermón y bendición pontifical. ¡Cómo no habían de llamar la atención estos esplendores a un niño de diez años!

Pero volvamos a mis estudios de latín en casa del cura de Montigny.

M. Mirbel, cura decano de Montigny, era casi el rector del país, donde figuraba por sí solo más que el institutor, el alcalde y todo el ayuntamiento reunidos. Mi madre no pensaba más que por él, y ambos estaban bien de acuerdo para dirigirme hacia la vía eclesiástica. Por otra parte, el seminario de Langres era reputado por la fuerza de sus estudios y por la severidad de su educación. La enseñanza del latín era allí extremadamente cuidadosa. La verdad es que yo no llevé allí mis estudios más lejos del cuarto año, y estaba casi a nivel de las exigencias del bachillerato.

VI

angres. — El pequeño seminario y la capilla de la catedral. — Estudios musicales. — Invención de un litófono. — Clases de latín. — Recuerdo de Diderot. — El cometa de 1853. — El Mont-Blanc visto desde Langres. — Estudios sobre las corrientes de agua. — El latín y el griego. — De qué dependen nuestros destinos.

Había en Langres un medio bastante económico para hacer sus estudios clásicos: este era la capilla de la catedral, por lo menos para los niños dotados de una bonita voz y destinados al estado eclesiástico. Mis padres escogieron este medio, porque, a la verdad, no podían escoger otro. Había conseguido hacer mi preparación para el latín, a la edad de nueve años, en casa del cura de Montigny, y mi primer año a la edad de diez años. En las vacaciones de Pascuas de 1853, a los once años, entraba en la capilla y empezaba mi segundo año, terminado en 1854. Hice el tercero en el año escolar de 1854-55, y el cuarto en 1855-56.

Estos años, desde 1853 a 1856, reservaban a mis padres las más crueles pruebas. De un golpe cayeron desde un modesto bienestar a la más completa ruina. Mi padre había creído aumentar su capital comprando en las inmediaciones de Montigny, en Récourt, un